UNA GRAN DECISIÓN

"El que vale, vale, y el que no a Magisterio". Qué rabia, siempre lo mismo. Me hizo daño a mí, y a ella le mina el amor propio. Era muy brillante, y yo siempre le decía que no debía desaprovechar el torrente de luz que llevaba dentro.

Llegará puntual, como siempre. Preocupada, pero sonriente; con esa actitud que delata de lejos a quien posee buena madera para pilotar naves en las galernas que, a menudo, azotan la escuela.

Me gusta venir a la "Normal". Lo hago a menudo. Cada esquina, cada baldosa, cada armario, me dicen algo. Cierro los ojos y me parece que todo aquél tiempo permanece. Me veo con dieciocho años recién cumplidos sentado en un banco del pasillo, junto al aula en que, ahora, sé que daba clase Ramón Acín. Veo a mis compañeros, felices y ajenos a lo que llevábamos entre manos. De repente pasa algo. Uno de ellos lanza violentamente los brazos hacia arriba y dice que han asesinado a Carrero Blanco. Yo siento una punzada en el pecho y, al instante, me acuerdo de mi familia y de las esperanzas que ha puesto en mí. "¿Y ahora qué?" –me digo–. Para ellos, que la guerra los sacó del surco, el Magisterio encierra un sentido emancipador que aún hoy me emociona. "Hijo, hazte maestro, que serás alguien" –me decía mi padre, después de habérsele clavado en el rostro la serena de mil amaneceres al raso, con las ovejas, o hundido en las trincheras.

Llegué en 1972, tras haber estudiado el primer COU que hubo. Lo hice en un momento en el que el edificio simultaneaba dos cometidos, el de Normal y el de Escuela Universitaria de Formación del Profesorado, por convivir en él dos planes de estudios: el de los "maestros" del Plan 67 y el de los profesores de "EGB", del Plan 1971. Y así

fue cómo, sin ser consciente, me vi envuelto en una vieja celada, la de los contenidos frente a la didáctica, y la del estatus frente a las esencias, para comprobar cómo aquel magnífico Plan 67, era arrinconado hasta dar paso al nuestro, especializado para "afrontar el ritmo acelerado del mundo contemporáneo" – que decía la Ley General de Educación –. Lo pienso y tiene gracia, porque al acabar la carrera, la dura realidad me sumió en un frenesí especialista que me proveyó de tantas especialidades que, al final, paradójicamente, me convertí en un maestro que las tenía todas, es decir en un maestro generalista, aunque mi título dijese que era Profesor de EGB. "Para este viaje, no hacía falta tanta alforja" –pensé más de una vez.

Miro el reloj y faltan diez minutos. Suficientes, porque los recuerdos me reafirman en lo que pienso que es bueno para ella y, sobretodo, para las generaciones que formará. Sólo quedan tres días de plazo para entregar la solicitud, y estremece pensar cómo hay decisiones en la vida que pesan tanto.

A veces, la maravillosa escenografía de aquel edificio inaugurado en 1932 se nos quedaba pequeña. Cruzábamos la calle y, como críos que aún éramos, nos íbamos al *Javis*, al salón recreativo donde me encantaba jugar al futbolín y poner los discos de Cecilia y de Juan Pardo. Aún los escucho... Yo creo que todos estábamos enamorados de Cecilia, porque su mirada druida nos mordía el alma y, sobre todo, porque sonaba a esperanza, como los nuevos tiempos de la UNESCO, que citaban todas las revistas educativas de la biblioteca, y que el Régimen empleaba como nexo para salir del aislamiento.

Aunque hubiese miedos soterrados, y en la esquina de "La Normal" aún perdurasen eslóganes de postguerra pintados con plantilla, Huesca se mostraba feliz, con treinta y

cinco mil habitantes que no dejaban de crecer, gracias a la merma del mundo rural, las pequeñas industrias, el funcionariado provincial y la sinergia que había supuesto, en 1967, la inauguración de la Universidad Laboral.

Mientras, en un mundo que ya había alcanzado los cuatro millones de habitantes, los continuos ensayos atómicos y la guerra fría no cesaban, aunque los norteamericanos hubiesen tenido que abandonar Vietnam. Eso ocurría, en medio de lejanas noticias que apenas comprendíamos, pero que nos abrían al mundo de la justicia social a través de la las canciones de Victor Jara.

Si tuviera que definir aquel tiempo pedagógico, diría que prevalecían en él la enseñanza unidireccional, el conductismo, los contenidos y lo cuantitativo, en un marco Nacional-Católico, edulcorado por la tecnocracia y la apertura.

A mí, aquellos paradigmas, reflejados en la Ley General de Educación –la primera que sacralizó la educación adaptada al ritmo acelerado de la vida moderna– me asustaban, y me estremecían cuando bajábamos a la Aneja y veíamos como los críos rellenaban eternos libros de fichas de enseñanza programada. Me enervaban hasta que miraba a don Vicente y él me guiñaba el ojo, porque de todo aquello él no se creía nada y, una vez que se quedaba sólo, volvía a la pedagogía de la sensatez que tanto liderazgo le daba entre nosotros, sus compañeros y las familias. En un recreo me dijo que en la enseñanza todo son espasmos y ocurrencias, que surgen de repente para ser veneradas y, al poco tiempo, olvidadas, si no denostadas... Qué razón tenía. Recuerdo el fundamentalismo de la Matemática moderna y la Gramática estructural de aquellos años, que más tarde ha despreciado el Constructivismo, y otras manías que han

aparecido hasta el día de hoy, a falta de un pensamiento crítico docente, que antes de aceptar sumiso las teorías, las ponga en cuarentena.

Todo era especialización acomplejada. Aún recuerdo estos pasillos repletos de maestros que asistían a cursos acelerados para alcanzar la condición de "Profesor de EGB". Yo los miraba con admiración porque no sabía si un día llegaría a ser como ellos.

Esas eran sus apariciones rutinarias, pero hubo una distinta, que les congregó para hacer una huelga. Desde mi candidez aquello no me cuadraba. "¿Un pulso del Magisterio al Régimen? Esto está amañado..."–me decía–. Y así fue como fui testigo de lo que iba a ser el epitafio de la frase popular "pasar más hambre que un maestro escuela", a la par que se cambiaba la palabra maestro por la de profesor de EGB.

Me he debido abstraer mucho porque un grupo de alumnas que pasan a mi lado me miran extrañadas. Me levanto del banco y, por fin, veo que llega, como siempre, sonriente y decidida. Ya han pasado cuatro años desde que fui su tutor y los mismos en que una madrugada me llamase su padre para decirme lo que había pasado y para pedirme ayuda, porque ella aún no lo sabía.

Para mí fue uno de los momentos más duros de mi vida profesional. "Laura, todos llevamos un brillante dentro que nos da luz, aunque alguna vez pensemos que se apaga para siempre". Aquella preparación metafórica me cortaba el aliento y ella, poco a poco, lo intuyó, me agarró la camisa y rompió a llorar como nunca lo había hecho.

"Laura, que tú tienes mucha luz y tu madre no va a dejar de mandarte toda la que necesites". Para mí fue un día terrible, que nunca se lo he recordado y menos hoy, que su mirada se ha de clavar con decisión en el futuro.

Antes de entrar en secretaría para informarnos de los trámites, le enseño el edificio, y le comento que en él se celebró, en 1935, el II Congreso de la Imprenta en la Escuela. Hablamos de los métodos pedagógicos que conocí durante mis estudios y, sobre todo, los que descubrí más adelante, en mis primeros años, cuando fui destinado a Cataluña.

También le muestro las hermosas ventanas que dan al parque y cómo, vencido el otoño, contemplábamos las fantásticas acrobacias de los jardineros que talaban los árboles.

"¿Y qué tales profesores tuviste?" –me lanza a bocajarro– cuando no tenemos el tiempo que requiere la contestación. "Hoy recuerdo a todos con mucho aprecio, y creo que para un aspirante a la docencia no hay profesores malos, porque él debe descubrir y buscar todo lo que echa en falta."

También le hablo de la primera huelga que hubo en la escuela y cómo sugerí azarado a la asamblea que, de acuerdo, pero que asistiésemos y diésemos nosotros mismos las clases, lo que torció el guión, sin que la propuesta fuera sometida a votación – por aquel entonces ninguno habíamos leído a Orwell–.

Como ya es tarde, urge entrar en secretaria, y cuando giro la manivela, ella me asaetea con una pregunta que me da en el tuétano: "Y hoy volverías a hacer Magisterio". "*Yes. Of course*" –le digo con galantería y decisión, mientras le cedo el paso–. "Y por qué". Tomo aire, barro con mi mirada los despachos y le digo: "Para revivir cada instante y

así, desde el primer día, hacer las cosas mejor que las hice, en una profesión que es la más bella que existe".